

SEUDÓNIMO: LAR

ES SOLO UN GATO

ES SOLO UN GATO

El gato apenas se mueve. Las poquísimas veces que lo ha sacado a la calle se paraliza del miedo; pero en estas circunstancias a ella le alivia que el minino guarde la compostura. Abre la gran cartera vieja que ahora utiliza para el mercado, y él está allí, enroscado en el fondo, con curiosidad en sus ojos dorados. Ella ya lo conoce, y aunque él mantenga su soberbio estilo, sabe que está asustado. Pero él confía en ella.

Y, en estas circunstancias, eso es lo peor.

Introduce la mano en el bolso y le acaricia las orejitas; él apenas le mordisquea la punta de un dedo con su afecto afilado. Es un gato. Presume de arisco, pero en la casa, si está aburrido, salta a su paso, la toca con una patita y escapa corriendo para que lo persiga, recordándole la niña que fue jugando a la ere. Y ella corre detrás de él.

-Si los niños me vieran...

Ella lo quiere. Y por eso quiere dejarlo lejos, muy lejos; tanto, que el muy listo no sepa regresar. Le dejará el collar, así quizás algún alma caritativa podrá reconocerle su domesticidad y quizás, apiadándose por creerlo perdido, lo cobije mientras espera que aparezca su dueño. Ella sabe que cualquiera, al

convivir unos días con su peludo, descubrirá que pueden mantener una conversación... y quizás, lo vaya dejando quedarse. Ojalá.

No se atrevió a matarlo. Una simple inyección del veterinario. El animalito no sospecharía nada; ya conoce las vacunas. Pero ella se sabe incapaz de dar los pasos que la llevarían a esa decisión, incapaz de apretar los brazos que sostuvieran a su gordito mientras se dormía para siempre. Con el mismo desasosiego rechazó la idea de dejarlo en un albergue para animales abandonados. Allí, muchos finales eran felices, pero otros no eran tan venturosos, y él todavía era un joven con mucho por vivir, sí... Había que apostar a la vida, sí... Pero no. ¿Cómo podría ella alejarse del refugio, de la última mirada extrañada de su compañerito?

¿Regalarlo? ¿A quién? Nadie quiere otra responsabilidad, en estas circunstancias. Ni las viejas amigas.

Mientras la fecha se aproximaba como ola de tsunami, sus pensamientos y angustias la cercaban en un remolino envolvente cuyo vórtice era el gato. Todo lo demás se había ido disolviendo, desvanecido, botado, vendido... mientras el verdadero dueño del espacio, sentado en el centro de una sala cada vez más vacía, supervisaba el desalojo con calma meditativa, apenas traicionada de vez en cuando por un gesto suspicaz de la cola.

Para su horror, algunos días ella se encontró divagando sobre lo fácil que sería dejar abierta unos centímetros de más, como al descuido, la ventana de la

cocina, a la cual el curioso gustaba asomarse, cuatro pisos sobre la acera. Todo sería muy lamentable. Pero también muy rápido.

O quizás, dejar entornada la puerta del apartamento: Él se escaparía y asustado, quizás saliera corriendo a la calle y...

Pero no, claro que no, por supuesto que no: Ella continuó igual de precavida, cerrando la ventana, lo justo. Y la puerta, siempre.

El querer es así.

El autobús cae en un bache y el gato salta asustado dentro de su tibia oscuridad. Lo palmea por encima de la tela del bolso, calmándolo con caricias mimosas, como a su Pedrito cuando despertaba de las pesadillas en las madrugadas.

En la parada donde antes estuvo la farmacia, entre las personas que suben, aparece una vecina en su safari alimenticio cotidiano; la reconoce y se sienta justo al lado, pasillo de por medio.

Instintivamente, ella aprieta la bolsa hacia sí, como queriendo ocultar su intención. No quiere que su vecina le hable, le pregunte, no quiere delatarse, explicarse, despedirse de nadie; solo quiere desaparecer como aire en el aire, como si no hubiese existido nunca, como lo está haciendo todo el mundo que una vez la rodeaba.

-Tiempo sin verte, hija. Estás desaparecida del mapa...

-Es que ya casi no salgo.

-¿Y cómo están los muchachos...? ¿Cómo les va?

-Bien, dentro de lo que pueden.

-Claro, mujer... es que tan lejos de la casita de uno, siempre las cosas son un poco más duras.

-Sí... uno es de dónde es.

-Los míos igual, pero yo les digo que por ahora es muchísimo mejor que se queden por allá...

-Sí, es lo mejor.

-El problema es que el tiempo pasa y pasa y pasa... y termina pasándonos por encima...

-Si fuera lo único.

Su vecina mira alrededor, cauta, baja la voz:

-Menos mal que tu muchacho se escapó en cuanto lo soltaron, porque si no... fíjate que el de...

Ella la silencia con una mirada tajante. Espanta la nebulosa de horror sacudiendo los recuerdos, callando aquellas vigiliias, aquel miedo, indefensión, lágrimas...

La vecina entiende, asiente, pero insiste, triste.

-¿Quién lo diría, verdad?

-Ya pasó.

-Sí, mija... menos mal... y pensar que después de todo... tener que hacerse una vida lejos de aquí...

Ella va a responder pero el bus se detiene, brusco. Instintivamente abraza el bolso para calmar al gato, que se remueve. Disimula con un gesto, para que la vecina no le pregunte.

Pronto el pasillo se llena de gente, de pie, bloqueando la separación entre ellas, la conversación y el presente.

-Ni se te ocurra pensar en eso, mami... es casi como comprar otro pasaje.

-Papeles, vacunas... es un lío...

-Estoy al otro lado del mundo, mamá.

- ¿Un gato callejero caraqueño? Ese segurito que no aguanta un invierno de aquí.

-No podemos pagarlo. No. Si de vaina podemos pagar el pasaje tuyo, mami. Olvídalo.

-Es solo un gato...

Pero es su gato.

Si sus hijos lo conocieran, lo zalamero que puede llegar a ser, no dirían esas cosas, no pensarían eso del peludo. Ha pasado tiempo desde que se fueron. No mucho, pero demasiado; ya la bruma de la distancia comienza a actuar. Sus hijos, son suyos, pero ya son otros y de otros. Pasaron demasiadas cosas. Demasiadas y muy rápido. Abrazarlos de nuevo, ¿será igual que antes? No, después de todo lo vivido separados, nada será igual. Tuvieron que elegir entre ser o sobrevivir. Y ahora ya se están acostumbrando a lo que no aspiraban, a lo que no se merecieron, a lo que no quisieron.

Quizás hasta lleguen a tener sus propios gatos.

-Eso no se le hace a nadie.

Recuerda muy bien cuando lo metió en su cartera. Quien tiene a un hijo, tiene a todos los gatos del mundo. Y más, si es una motita gris desamparada maullando de hambre en la acera ruda de una calle ruda, a cuatro cuadras de la casa. Con solo mirar alrededor, era claro que ese chiquitín no sobreviviría unos pasitos más. Después, nadie quiso adoptarlo y él se fue quedando, trepando por la cobija de la cama, durmiendo a sus pies; acunándose, descarado, en su regazo. La seguía por toda la casa, ahora grande y vacía, supervisando sus quehaceres, aprobándolos con su enigmática sonrisa de gato.

Se hicieron socios: Lo cuidaba. Y a cambio, cuando ella necesitaba un mimo, lo atrapaba y abrazaba como a un peluche, despeinándolo. Él se dejaba querer, pero pronto reviraba, gruñendo molesto. Ella se reía. Él escapaba. Ella se asomaba a la ventana.

-Y todo, ¿para qué? ¿Para tener que volver a meterlo en la cartera? Eso no se le hace a nadie. Una tiene sentimientos.

-¿Me echará de menos? Quizás sí... unos días... Quizás no, es un gato. Pasará hambre. No; es un gato; si lo dejo cerca del mercado, se buscará la vida. Sobrevivirá. Otros lo hacen. Mentira. No come ratas ni ratones. Ni basura. Ella lo conoce bien, es un maniático, un comelón exquisito y exigente. ¡Si su hija supiera que comparten el ajustado menú que consigue con el dinerito que le envía...!

-Se acostumbrará a la calle, está en su instinto.

¿Y dejarlo lejos, está en el instinto de ella?

Debe hacerlo.

La ciudad la avasalla tras las ventanas del autobús. Ahora le es fácil perderse; apenas identifica algunos detalles arrancados del pasado: Un portal, aquellos balcones, la misma silueta del cerro que se cuelga entre dos edificios. Se supone que las calles de tu vecindario deberían envejecer con gracia para llevarte de la mano hasta tu final; no demolerte la memoria y espantarte desdeñosamente, así, casi de improvisto.

La vecina se despide y se baja, regresándola a su dilema. No puede desviar más la atención. La fecha es ya. No puede quedarse en lo que fue su historia, sola, con todo en contra. Para sus hijos, lejanos, es imperativo arrancarla de aquí. Ya.

Y sí, ya decidieron por ella. Se trocaron en verdugos. Y en salvadores.

La ruta del autobús pronto estará cerca del parque. Antes tenía columpios y un tobogán que había sobrevivido hasta hacía pocos años. Grama verde. Y unos arbustos con flores azules que sus niños arrancaban, chupando de su tallo la savia dulce. Quizás todo aquello permanezca intacto bajo el abandono y la desidia que ahora lo cobija con esmero. Puede ser un buen sitio. Hay todo tipo de basura, pero su gato no sabe que es basura... y como es tan curioso... Podría entretenerse mirando a una mariposa, persiguiendo una lagartija. El

paraíso de diversiones para cualquier gato. Quizás, después de saborear el vértigo de esa libertad, él ya no la cambiaría por el cojín del sofá...

-Qué le vamos a hacer, peludo...: ¡Crecer duele! Tienes que hacerte todo un señor gato.

Y ya no soltaría pelos por toda la casa: un punto a favor.

Pero, ¿cuál casa? Todo estaba embalado. Lo poco que se llevaba, atado con recuerdos. Sobre todo las fotos.

-Las viejas, las de papel, claro, donde están los bautizos y cumpleaños.

Debe bajarse aquí. Debería bajarse aquí. Tiene que bajarse aquí. Ya lo había decidido, fríamente. Es lo mejor para el gato. No puede esperar más, aunque sea duro hacerlo.

¿Duro? Duro fue despedir a la niña. Bueno, ahora ya es una mujer, pero... siempre será su niñita.

Y al niño. Pero lo de él era de vida o muerte.

Antes se ya había curtido, enterrando a Pedro.

Sobrevivió a todos esos adioses. Ahora, ¡adiós al gato!

Es él. O ella.

Si se queda, presiente que la envolverán las sombras, como decía aquella canción que tarareaba con la radio, coleteando el apartamento recién comprado a interminables plazos. Todo olía a nuevo, el aire estaba de estreno; era una felicidad disfrazada de deberes y obligaciones ante un futuro, que sin dudar, volvería a vivir, entusiasmada.

-No. Claro que no.

Si el futuro hubiera sido sincero, no hubieran apostado todo el esfuerzo de sus vidas a esta destrucción cruel, absurda.

Si se va, también la envolverán las sombras que presiente agazapadas, esperándola en las nuevas y ajenas geografías. Sin anclas, sin gato, ella será como globo de piñata volando a la deriva, al albedrío de un naufragio, sin hilo a tierra, empujado al aire por unos y otros, en una fiesta que ya terminó.

No lo presiente, lo sabe. Lo sabe todo.

No, no lo sabe. No sabe nada. No quiere saber. Nada.

- ¿Cómo voy a comparar el cariño que le puedo tener a un gato con lo que me queda de vida al lado de mis niños... mis niñitos? ¡A un gato callejero! ¡A un bicho que me muerde los zapatos! ¡A un animal que come demasiado, en estas circunstancias! ¡Qué rasguña mi ropa! Es un desastre con cuatro patas y rabo que tengo que bajar del tope del armario a cada rato. ¡Claro que no se puede comparar!

Aprieta el puño.

-¡Pero es mi gato!

Cree sentir un *purrr...* y abraza la bolsa, protegiéndola de sus pensamientos:

- No puedo llevármelo. Tengo que irme.

El parque va quedando atrás. Tres cuadras más adelante hay una plaza. La fuente, a veces funciona y deja pozas de agua que se cuele entre el pavimento roto.

-Al menos, allí podría beber. Quedan algunas palomas todavía; picotean lo que cae del puesto del perrocalentero. Se divertiría persiguiéndolas. Migajas no le faltarían. No es mal sitio. Es un gato. Siempre fue muy dormilón. Le conviene moverse, hacer ejercicio... a lo mejor, le estoy haciendo un favor a su salud... Es un bicho demasiado consentido. Que aprenda que hay que esforzarse.

Se le anuda la garganta.

-Pero yo quiero a mi gato...

Empieza a lloviznar. No contaba con eso. El autobús se llena de liceístas saliendo de clases, sacudiéndose las gotas de agua. Entre ellos se cuela un jovencito simpático; de su morral saca un cuatro y sin permiso, declama una canción de ordeño a cambio de monedas. Con los aplausos, atrás queda la plaza. Arrecia la lluvia.

-Con esta lluvia, ¡cómo voy a dejarlo! Si para bañarlo casi tengo que atarlo... es muy necio.

El gato ha dejado de moverse.

Ella se estremece ante la idea de haberlo asfixiado. Hubiera sido una solución. Aterrorizada, abre la bolsa y del alma le salta un gesto de amoroso alivio al verlo dormir plácido, rendido patas arriba, retorcido en una de esas posiciones inverosímiles que le hacen reír de ternura.

El autobús se acerca al origen del dilema, a la parada final, la de su casa, que pronto dejará de ser el hogar de su historia familiar. Los vecinos ya no son los viejos conocidos. Hay muchas puertas y ventanas cerradas; algunas cortinas rotas. Hasta el indestructible portugués cerró su tienda. Todo atestigua como poco a poco le fueron desbaratando su vida.

Con maldad precisa.

-¿Pero por qué? ¿Por qué? Si todos lo hicimos lo mejor que pudimos... Pedro, los niños, yo...

¿Da otra vuelta o se baja?

La respuesta se le atraganta con lágrimas.

-¿Por qué nos hicieron esto? ¿Por qué? ¿Qué les hicimos?

Llueve con más fuerza.

Abraza la bolsa con rabia protectora. La indignación la ciega, la enerva.

Un relámpago. Un trueno.

-¡Pues no! ¡Claro que no! ¡No me da la gana! ¡Yo no soy igual que esos demonios! ¡No! ¡Yo soy un ser humano! ¡Yo sí quiero a mi gato! ¡Y no me lo van a quitar!

Desciende del autobús. Ya en la acera, abre su paraguas, decidida.

Sus niños la entenderán. Sí o sí.

-Es mi gato. ¡Mi gato!